

0129-96460

SK 35
C35
V. 1

Esta obra es propiedad de A. Elías y C.^a
Reservados todos los derechos de propiedad
literaria y artística.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

INTRODUCCIÓN

BARCELONA.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FIDEL GIRÓ, CORTES, 212 BIS



INTRODUCCIÓN

DESTRO pincel y vivos colores se necesitan para bosquejar siquiera el hermoso cuadro que ofrece la caza.

El lugar de la escena es siempre la naturaleza con sus embelesos y primores, sus misterios y sublimidades. Los apacibles bosques y florestas, los campos llenos de verdura, matizados de rojas amapolas, donde aspiran los pulmones los olores del espliego y de la madreselva, y escucha el oído los regalados rumores de las brisas, fuentes y cascadas, y los cantos de los mirlos y ruiseñores.

Allí se dirigen al alborar el día los devotos de San Eustaquio y San Huberto. Unas veces formando vistosa comitiva de mancebos y damas á caballo ó en lujosos trenes, seguidos de ojeadores, monteros y jaurías, con gran ruido y algazara, repercutiendo los ecos los gritos de los cazadores, los ladridos de los perros, y las alegres tocatas de las fanfarrias, para cazar el jabali, ciervo y venado, y otras con rústico traje y sencillos arreos, sin estrépito y ruido, y sin más compañía que los perros, para cazar la becada, la liebre y la perdiz.

La escena venatoria cambia bruscamente de decoración, y las églogas é idilios se truecan en poemas y leyendas. La flora salvaje y gigantesca, los bosques vírgenes con sus árboles de nudoso tronco é inmensa

Tomo I.

copa, los espesos matorrales de cactus y espinos, los ásperos montes llenos de riscos y simas, los caudalosos ríos con sus corrientes y cataratas, las grandes cañadas de lianas y bambúes, el mar glacial con sus témpanos de hielo, poblados de leones, tigres, osos, panteras y chacales, y el valeroso cazador perdido en aquellas inmensas soledades, oyendo sólo el espantoso rugir de las fieras, el estrépito de las tempestades y los extraños rumores del desierto, busca, acecha y combate con aquellos terribles huéspedes de las selvas, enemigos del hombre y de la civilización.

Añadid á los vigorosos contrastes que ofrecen la flora y fauna del viejo y nuevo mundo, una variedad inacabable de tipos, trajes, usos, costumbres, tradiciones y países, y animadlo todo con los fulgores del sol de los trópicos, con las reverberaciones del desierto, con los reflejos de las aguas, los murmullos y ondulaciones de las brisas, el centelleo del rayo y el fragor de los huracanes, los arrobadores matices del ocaso, la luz de la luna, las titilaciones de las estrellas y el penetrante aroma de las flores y plantas silvestres; animadlo todo, en fin, con los espléndidos toques de un festín de colores y de rumores sublimes, y lograréis formar en el fondo de esa caprichosa cámara oscura que se llama imaginación, una pálida idea de los lugares, escenas, sucesos y peripecias de la caza.

No nos suspende y maravilla, pues, que el arte y la poesía, encarnación de la belleza y trasunto fidelísimo de las aficiones y gustos de todas las épocas y países, hayan rendido fervoroso culto á la caza.

En Grecia y Roma, el cincel trasladó en los mármoles de los frisos, sepulcros y estatuas, variadas escenas de caza. Los museos de Roma y Nápoles atesoran multitud de bajos relieves y esculturas representando á Diana cazadora y animales venatorios, y las cazas del oso, león y jabalí.

En la Edad media, el arte imprimió en sus obras el sello del furor cinegético que señoreó la época, y gran número de códices y breviarios, góticas vidrieras de castillos y catedrales, muebles tallados y adornos de orfebrería, representan delicados y preciosos asuntos de caza.

Más adelante, el pincel de insignes maestros derramó su inspiración en telas que son preciado adorno de los mejores museos del mundo.

En el museo de Londres *National Gallery*, se admira el cuadro de Velázquez, *Felipe IV cazando el jabalí*; en los museos de Turín, Dresde, Munich y Marsella, hermosos lienzos de Rubens sobre cazas de leones, hipopótamos y jabalíes; en los de Amsterdam y la

Haya, monterías de jabalíes, ciervos y leones pintados por Snyder; en el de Madrid, animadas cazas de liebres y ciervos de Vos y de Wouwermans, y en los del Louvre, cuadros de Teniers, de cacerías con halcón; y para poner punto á la interminable enumeración de obras clásicas, hermosos trasuntos de escenas de caza (1), citaremos sólo la caza del león de Delacroix que figuró en la exposición del año 1855 en París, y fué en extremo ponderada por Théophile Gautier, y la célebre obra del malogrado pintor Mackar, *Diana y sus ninfas cazando el ciervo*.

El buril y el grabado, con sus múltiples procedimientos, han reproducido, también con gran primor y maestría, profusión de escenas venatorias, que adornan las galerías ó engalanan y hermocean la serie de ilustraciones y libros dedicados á la caza. En el cuadro de honor, merecen señalado sitio, cuarenta grabados del alemán Amman, que vivió en el siglo XVI, y otros de Decamps y Horacio Vernet, tan raros, como hoy con diligencia buscados por artistas y anticuarios.

La música ha derramado cascadas de armonías inspiradas por la caza. La belleza y frescura de los campos, los alegres sonos de la trompa, el halalá al ciervo ó al venado, el bullicio de las jaurías, las voces de los cazadores, han hecho brotar hermosas composiciones que arroban los sentidos.

El célebre Haydn, cazador infatigable, que bebió en la contemplación de la naturaleza sus más sublimes obras, pintó con mano maestra las peripecias y emociones de la caza.

La sinfonía de Haydn *La Caza*, traduce á maravilla los preliminares de una cacería; toque de diana, conversación, rumores, señal de partida; la batida empieza y el cuadro adquiere singular movimiento y vida; oyesse el galopar de los caballos, el chasquido de los látigos y el ladrido de los perros, y las trompas entonan allá á lo lejos una sonata deliciosa. Sigue la animada descripción de la cacería, hasta el punto en que se escucha la fanfarria que anuncia alegremente la victoria. Poco á poco el ruido se apaga, los sonidos se alejan, el bosque recobra su placidez y calma y sólo se oyen sordos rumores y leves murmullos y el débil eco de las pisadas de los caballos y de los ladridos de las jaurías.

La literatura, vivo espejo de las costumbres, hábitos y gustos de las épocas, pregonaba también que todas las

(1) En su punto y sazón, el cazador y el artista hallarán una relación detallada é interesantes noticias sobre gran número de obras de arte inspiradas por la caza.

generaciones se han visto avasalladas por la pasión de la caza. Platón ensalzó la caza como ejercicio divino y escuela de virtudes militares: Jenofonte le otorga el rango de institución divina. Horacio consagra á la caza la veinticuatro oda de su libro III, y la alaba y aconseja como fuente de delicias y ejercicio saludable. En Grecia, Jenofonte, Arriano de Nicomedia y Oppiano; y en Roma, Graciano, Nemesiano y Calpurnio, escribieron sendos tratados de caza.

Durante los siglos medios, tiempo de emboscadas y batallas, en que era descanso la pelea, la afición á la caza rayó hasta el delirio; y clérigos y seglares, señores y vasallos, se entregaron con desusado furor á los ejercicios venatorios. Multitud de concilios, leyes y decretos, trataron de poner coto y freno, bien que en balde, á tan desmedida pasión.

La guerra y la caza eran la ocupación favorita de aquella raza de hierro, curtida en cien combates. «La Caza,—dice D. Alfonso el Sabio en el libro de las *Siete Partidas*,—es arte é sabiduría de guerrear é de vencer;» y el príncipe D. Juan Manuel, en su libro *del Caballero et del escudero*, escribió: «Non he cosa que mas se allegue con las maneras del caballero, que ser montero et cazador.» ¡Cuántos libros sobre montería y cetrería se escribieron en aquellos tiempos!

La historia, en fin, reflejo vivo de los pueblos, se halla á veces tan estrechamente enlazada con los anales de la caza, que, como dice ingenioso escritor, trazar su historia por ejemplo en Francia, equivale á escribir la crónica de sus reyes y de los principales sucesos de su reinado.

En nuestros tiempos, mucho se ha escrito sobre la caza, y andan millares de narraciones esparcidas en libros de viaje ó de ciencias naturales, ó de exploradores, y en especiales venatorias y de cetrería, tales como la caza del león, tigre, pantera, oso, elefante, con halcón, etc., etc., que denotan que la afición crece y cunde y que permanece vivo el fuego sagrado de los antiguos sacerdotes de Diana. Al ensancharse las fronteras de la civilización, al acortarse las distancias, las grandes y peligrosas monterías de los felinos no son sólo ocupación de los indígenas de Africa, Asia y América, sino de intrépidos cazadores que cruzan los mares procelosos y penetran en las selvas vírgenes, ávidos de emociones y peligros, ó de alcanzar la imperecedera gloria y fama de los grandes exploradores y viajeros.

Gerard, Pertuiset, Bombonel, Chassaing, Vermey y tantos otros, son centinelas avanzados de la civilización, y su obra es tan meritoria como valerosa. Hombres de pecho fornido, de temple de acero, de vista penetrante

y pulso firme, han contribuído en gran manera á limpiar el territorio argelino de esos terribles huéspedes, que mataban á los hombres y diezaban á los rebaños.

Los grandes exploradores, que son el norte y faro de las futuras conquistas de la ciencia y de la civilización en el corazón del Africa, han sido siempre cazadores, como Stanley, Livingstone, Brazza, Soleillet, Capello é Ivens.

La caza es además útil, porque proporciona sabrosos y exquisitos manjares y alimentos. Como objeto útil y del comercio de los hombres, es fuente de derechos. Casi todos los países civilizados han dictado disposiciones legales ó tienen legislación especial, armonizados con los adelantos de la ciencia.

En Roma, el título I del libro II de las Instituciones de Justiniano fijaron los principios de derecho de la caza, como medio y título de adquirir la propiedad. En España, el artículo 7.º de la ley vigenté de caza de 1879, señala la acepción genérica del vocablo cazar, ó sea todo arte ó medio de perseguir ó de aprehender para reducirlos á propiedad particular, á los animales fieros ó amansados que hayan dejado de pertenecer á su dueño por haber recobrado su primitiva libertad.

La caza es también abundosa y rica fuente para la industria. Dígalo sinó el sin número de pieles de tigre de Bengala, leones del Atlas y jaguares de América que son adorno de las moradas y mullido regálo para nuestros cuerpos; y las plumas de las aves de los trópicos, preseas y galas de nuestras damas.

Los que juzgan con harta ligereza acerca de la importancia de la caza en la civilización de los pueblos, no recuerdan que la caza figura en uno de los tres estados sociales que han informado la marcha social, obedeciendo á la imperiosa necesidad de alimentarse. «El cazador,—dice Quatrefages (*L'espèce humaine*),—posee un arrojo, paciencia y artificio que desarrollan sus demás facultades;» y más adelante añade: «como la caza se agota ó mengua, el cazador necesita anchos horizontes y mayor espacio.»

A los que tachan de sanguinaria y cruel la caza de los animales; les recomendamos la lectura de los siguientes párrafos de Buffon: «Para vivir es preciso destruir (historia natural del buey), y sólo así pueden los animales, nutrirse y multiplicarse.» Cuando se reflexiona,—añade más adelante (historia natural de la liebre),—en la fecundidad sin límites de algunas especies, que por millares asolan y talan los campos, es de admirar que no invadan toda la naturaleza. Sin la activa persecución de la caza, la agricultura sería imposible.»